

Como Compañy

alex abnso

# Misterios en la GRAN CIUDAD

El tesoro del capitán Kidd



ANAYA



**HOLA,  
ME LLAMO**

**... y voy a resolver  
este misterio.**

1.ª edición: marzo de 2025

© Del texto: Ana Campoy, 2025  
© De las ilustraciones: Álex Alonso, 2025  
© Del diseño: Álex Alonso, 2025  
© Del mapa de la cubierta: THEPALMER/iStockphotos/Getty Images  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.es](http://www.anayainfantilyjuvenil.es)

Director editorial: Pablo Cruz  
Editora: Carlota Echevarría  
Asistente editorial: Mercedes González Grande

ISBN: 978-84-143-4311-1  
Depósito legal: M-27269-2024  
Impreso en España - *Printed in Spain*



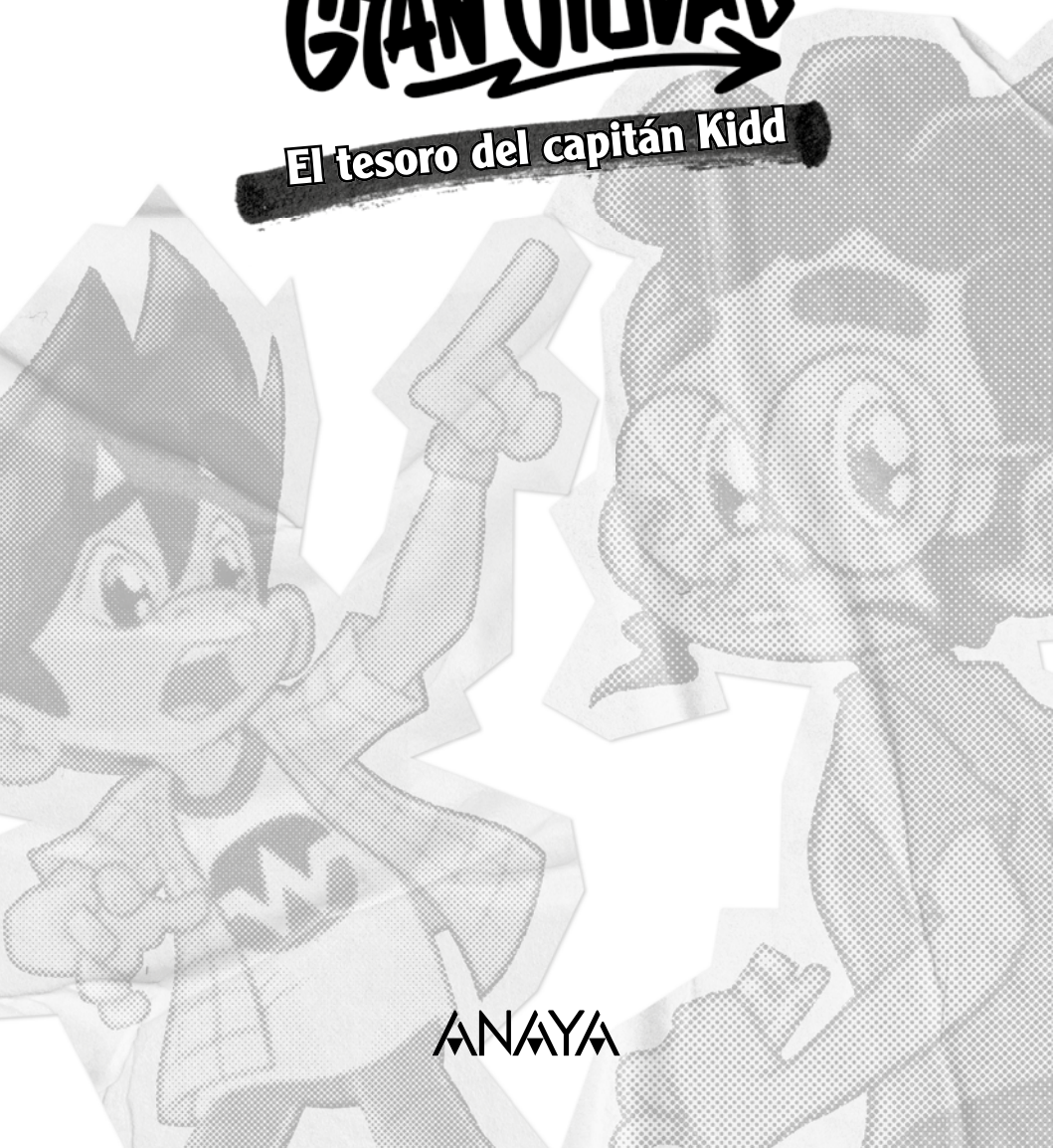
*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

¡Como  
Empoy

¡Alex  
[episo]

# Misterios en la GRAN CIUDAD

El tesoro del capitán Kidd



ANAYA



*A Nueva York,  
nuestra amada ciudad.*



# Prólogo



Todos los objetos tienen su propia historia. Cualquier cosa, por insignificante que sea, podría contar el relato de su vida. Siempre hay un pasado secreto, oculto en cada reliquia. Solo hace falta prestar atención.

Curiosamente, el señor Niemann se dedicaba a eso: a escuchar objetos. En su negocio, Antigüedades Niemann, se atendía cualquier pieza que tuviera algo que contar. El anticuario era muy metódico. Calculaba la procedencia, la autenticidad... se diría que conversaba con cada una de sus antigüedades rescatadas. Pues, donde otros veían trastos o simples pertenencias, él veía historias apasionantes.

Como esa minúscula punta de flecha del museo Metropolitan. Cobijada en su vitrina, entre otras





piezas más fastuosas, no parecía gran cosa. La gente solo veía un simple pedazo de metal y pasaba de largo. Sin embargo, cuando el señor Niemann observaba la punta de flecha, podía ver más allá.

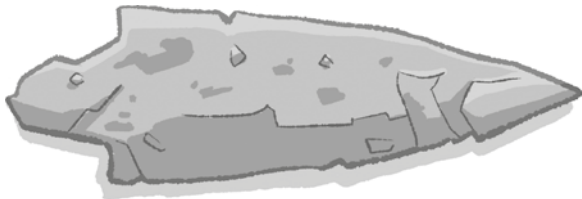


Intuía, tal vez, la salvación de un poblado. O puede que imaginara los bisontes que habría cazado, las manos que la habían manipulado o





los siglos que habría estado enterrada hasta ser recuperada. Una vida de aventura, aunque se tratara de una simple flecha.



Punta de flecha  
Europa, península itálica  
10.000-5000 a.C.

Podría decirse que el señor Niemann, por tanto, era un rescatador de objetos. Ya que, debido al paso del tiempo, cada periplo se convertía en un secreto. Y solo había un modo de averiguar lo que había pasado con cada uno de ellos: formular las preguntas adecuadas. Tener el instinto. Algo que, sin duda, el señor Niemann poseía.

Pero volvamos a la tienda de antigüedades. El negocio se ubicaba bajo la vía del tren elevado, en la parte oeste de Nueva York. Era un local estrecho pero largo, con una pequeña puerta de entrada y otra trasera que daba a un callejón.

Antigüedades Niemann era un lugar fascinante. Sus paredes estaban repletas de pasado. Y, de hecho, cuando Cornelia entró allí por primera vez, sintió cómo el peso de la historia le hablaba desde cada vitrina.



Cornelia conocía al señor Niemann desde hacía ya un tiempo. A causa de una operación de cadera, el anticuario había tenido que guardar reposo y hacer rehabilitación. La madre de Cornelia, fisioterapeuta especializada, empezó a tratarle a domicilio. Y, una de esas tardes, aquella en la que la profesora de clarinete no pudo impartir su clase, a Cornelia no le quedó más remedio que acompañarla.

A veces Cornelia pensaba en cómo habría sido su vida si aquel día la profesora no hubiera estado enferma. Jamás habría conocido al señor Niemann, ni habría vivido el torbellino de aventuras que estaba a punto de protagonizar. Sin embargo, aquella tarde de lluvia, ese momento en el que su destino cambió sin saberlo, Cornelia detectó que aquel anciano convaleciente era alguien especial.

Lo supo nada más llegar al apartamento situado justo encima de la tienda. Cuando el olor a medicina le hizo arrugar la nariz, aunque pronto se acostumbrara a respirarlo. Solo tuvo que esperar al té con galletas. Fue entonces cuando Niemann, dolorido aún tras los ejercicios, le formuló su primera pregunta; una frase diseñada para hacerle pensar:

«¿Sabes por qué los caracoles tienen esa forma?». Desde aquella tarde, Cornelia se había sentido intrigada y no dejó de estarlo durante los cinco años que duró su amistad.

Pronto Cornelia fue recibida en casa del señor Niemann como un miembro de su familia. De hecho, cuando el anciano terminó su rehabilitación y regresó al trabajo en Antigüedades Niemann, Cornelia continuó acompañándole. En cada visita siempre había algo nuevo, un hecho especial. Un dato desconocido y curioso que Niemann depositaba con mimo en su cabeza. Cornelia no sabía que todo había empezado ya entonces. Que así fue como se había forjado su amistad. Y no fue hasta que el señor Niemann falleció, de forma inesperada para ella, cuando fue consciente de ello.

Las cosas bonitas se disfrutaban, a veces sin darnos cuenta. Y solo cuando el señor Niemann, camino de casa, apenas alcanzó el portal, cuando aquel ataque al corazón terminó con su propia historia, Cornelia entendió la magnitud de lo que había perdido.

# Capítulo 1

**Cornelia hereda una tienda  
y no sabe qué hacer con ella**



—¿Cómo que «única heredera»? ¿Qué ha querido decir?

Cornelia y su madre eran incapaces de pestañear. Ambas atendían al señor Truman, el abogado del señor Niemann.

—Me refiero a eso exactamente —confirmó Truman—. Cornelia ha heredado los bienes de mi cliente. La tienda, el apartamento y lo que contienen. Es la única beneficiaria de su testamento y su patrimonio le corresponde por derecho.

Cornelia contuvo la respiración. Se sentía como si protagonizara una película de los viernes. Esas que su madre y ella alquilaban en el videoclub por la tarde y que Cornelia volvía a ver el sábado por la

mañana antes de devolver la cinta. No era posible que aquello estuviera sucediéndole: el señor Niemann ya no estaba (algo bastante difícil de digerir) y, por si eso fuera poco, resultaba que le dejaba todo a ella.

—Pero... si solo es una niña de once años —respondió Jane, la madre de Cornelia—. ¿Cómo va a encargarse?

—No tema. —Al parecer, Truman ya tenía todo previsto—. El señor Niemann dejó instrucciones precisas. El patrimonio será gestionado por nuestro despacho, Truman y asociados. Manejaremos las cuentas hasta que Cornelia alcance la mayoría de edad y también pagaremos los gastos que genere la tienda.

—¿Gastos? —Jane seguía sin comprender—. ¿Qué gastos va a generar una tienda cerrada?

—Ese es precisamente el detalle más curioso de este caso —explicó el señor Truman—. Era deseo expreso del señor Niemann que la tienda de antigüedades permaneciera abierta y en activo tras su muerte. Así que, como el local y el apartamento del piso superior eran de su propiedad, solo hay que

cubrir el importe de los suministros: luz, agua... Hay dinero suficiente. En Truman y asociados nos encargaremos de los pagos.

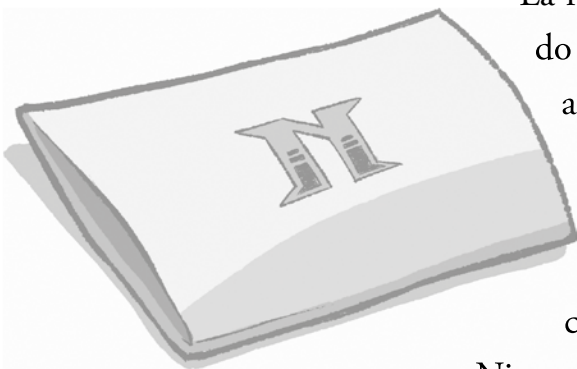
El abogado decía tantas cosas que Cornelia hacía rato que había desconectado. Su madre, en cambio, permanecía muy atenta. Parecía que ella sí era capaz de entenderlo.





—Hay algo más. —El hombre miró directamente a Cornelia—. El señor Niemann dejó esto para ti.

Cornelia regresó de sus pensamientos. Truman acababa de abrir el cartapacio que había sobre su mesa de despacho. Sea lo que fuera que tuviera escondido ahí, había aguardado todo ese tiempo a la espera. Como una de las reliquias de Niemann. Esas que resistían el paso de los años.



La fantasía terminó cuando bajo la tapa de cartón apareció un sencillo sobre blanco. Se trataba de un documento cerrado con la inconfundible «N» de Niemann impresa en él.

—El señor Niemann dejó redactada una carta para que tú la leyeras —explicó Truman—. Era muy importante que te la diera personalmente, así que, si me firmas aquí, te haré entrega de la misma.

Cornelia sintió que los miembros no le respondían. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para

reaccionar. Ni siquiera entendía lo que estaba sucediendo. ¿En serio el señor Niemann le dejaba todo a ella? ¿Acaso no tenía familia? ¿Nadie más? Si su desaparición ya era difícil de entender, ¿cómo iba a asumir lo siguiente? La vida iba demasiado rápido. A la velocidad de la luz.

La niña tomó el sobre y lo sostuvo ante ella, aunque fue incapaz de abrirlo. Seguía como en mitad de la película. Solo que en ese caso todo era real y no había botón que detuviera el desarrollo de los acontecimientos.

—Estarán abrumadas con todo lo que ha pasado —Truman se levantó de la silla—. Tómense unos días para asimilarlo.

Jane asintió y estrechó la mano del abogado. No quedaba más remedio. Y, al parecer, tampoco tiempo, pues la siguiente cita de Truman y asociados ya aguardaba su turno en la sala de espera. El abogado les abrió paso a través del despacho y las acompañó hasta la salida.

—No duden en contactarnos siempre que lo necesiten —afirmó ya frente al ascensor—. Niemann era nuestro cliente, pero, ante todo, un gran amigo.

Cornelia sintió que el abogado hablaba con sinceridad. De repente, se comportaba como un ser humano. Tal vez había hecho falta que se encontrara en el pasillo, lejos de su despacho.



La brisa de la mañana revolvió los mechones rizados de Cornelia. Era un día fresco, a pesar de ser verano, y el parque de Washington Square se despe rezaba con los sonidos del comienzo de la jornada.

Cornelia sentía que su parque favorito era ese. Lo había sido siempre, incluso antes de conocer al



señor Niemann, pues desde que era pequeña había frecuentado sus callecitas adoquinadas. Y luego llegaron las partidas de ajedrez con el anticuario. Solían celebrarlas cada jueves a la misma hora. Disponían las fichas sobre uno de los tableros pintados en las mesas del parque y Cornelia se dedicaba a ensayar jugadas que la llevaban, casi siempre, a perder. Niemann no concedía piedad. Decía que era el único modo de aprender.

Un señor con un carrito de helados pasó por delante de Cornelia. Al verlo, la niña sacó el sobre del bolsillo. La noche anterior, no había tenido valor de abrirlo.



Necesitaba estar preparada. Puede que, en el fondo, temiera el contenido. Si las últimas palabras que Niemann iba a dedicarle estaban ahí dentro, prefería encontrarse en un lugar especial cuando lo abriera. Uno en el que se sintiera conectada a él.

Cornelia permaneció un rato con el sobre en la mano. Pesaba bastante. Era curioso que, cuando lo había recibido de manos de Truman, no se hubiera dado cuenta. Habría sido por culpa de tantas emociones.

El señor de los helados ya se había instalado en su esquina del parque. Cornelia inspiró y rasgó el sobre. Cuando miró en el interior, vio que había un papel doblado. Tal y como había asegurado Truman, se trataba de una carta dirigida a ella. Decía así:

*Querida Cornelia:*

*Si estás leyendo esto es porque yo ya no estoy, tú sí y el señor Truman ha hecho muy bien su trabajo. Todo ha salido tal y como debe salir y eso significa que se ha ganado el dinero que le pago.*

Sí. El señor Niemann era bastante bromista. Era una de las cosas que Cornelia más apreciaba de su personalidad. Lo de ser una eminencia en historia palidecía al lado de su gran sentido del humor, pero era algo que en esos momentos no podía consolarla.

*Te estarás preguntando el porqué de esta carta (yo lo haría). Así que me dejaré de rodeos e iré directamente al grano: necesito tu ayuda.*

*Hace mucho tiempo, consagré mi existencia a una búsqueda muy especial y me gustaría que tú siguieras mis pasos.*

*Se trata del tesoro del capitán Kidd, algo increíble y valioso que estoy seguro de que conseguirás encontrar. Para ello te dejo un objeto en el sobre y algo más al reverso de esta carta. Es suficiente para comenzar.*

*Desde que te conocí supe que eras digna heredera de esta búsqueda. Disfrútala. Aunque te recomiendo total confidencialidad.*

*Yo también te voy a echar mucho de menos.*

*Te quiere y te abraza,*

*Arthur J. Niemann.*

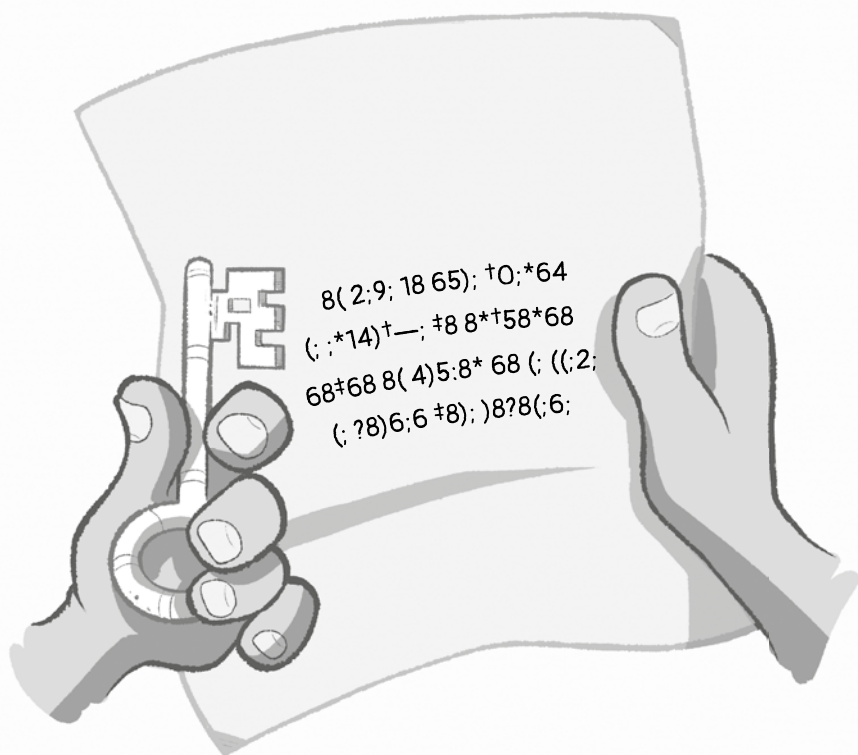
Antes incluso de terminar la carta, Cornelia notó cómo la mirada se le empañaba. No era justo que el señor Niemann se hubiera marchado tan pronto y que encima le hubiese dejado un recado tan extravagante. De hecho, necesitó leer el texto varias veces para asegurarse. ¿Era posible que el señor Niemann le estuviera encargando la búsqueda de un tesoro? ¿Por qué no le explicaba nada de la herencia? ¿De verdad no había más instrucciones de qué hacer con la tienda?

Supuso que era otro de los rasgos de su personalidad: no había nada más importante que sus obsesiones históricas. Y, si ese tesoro era un asunto por resolver, tal vez para él era lo más importante.

Cornelia aceptó la voluntad del señor Niemann. Aunque estuviera un poco desconcertada, también se sentía orgullosa de que le hubiera encargado algo tan importante para él. Así que suspiró y miró dentro del sobre. En él había un objeto bastante pesado envuelto en papel de seda. Cuando lo sacó y lo desenvolvió, Cornelia vio que se trataba de una llave. Era vieja y grande. Una antigüedad de esas que el señor Niemann rescataba.

—Estupendo —se dijo—. Y ahora ¿qué hago yo con esto?

El señor Niemann, por supuesto, no se lo iba a poner tan fácil. El encargo parecía una de esas preguntas-enigma con las que solía ponerla a prueba. Habría sido una cortesía que el anticuario le hubiera dado alguna pista, pero lo único que encontró al reverso de la carta fue una serie de caracteres que no tenían sentido. Como una especie de mensaje en clave:





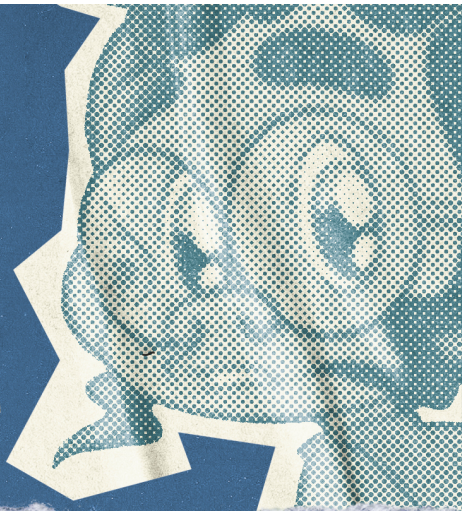
Ni siquiera después de muerto el señor Niemann iba a cesar en su empeño de retarla. Cornelia esbozó una sonrisa. Pensó en la cara del anticuario observándola desde el más allá.

—Está bien. Si es lo que quiere, lo haré —dijo en voz alta.

Cornelia apretó la llave dentro del puño, se puso en pie y guardó el sobre en el bolsillo.



# Misterios en la GRAN CIUDAD



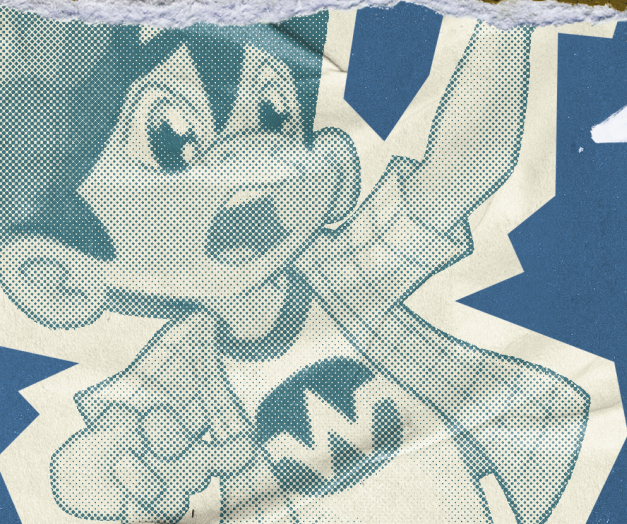
Cornelia ha heredado una tienda de antigüedades en Nueva York.

Como solo tiene once años, no sabe qué hacer con ella.

Sobre todo porque el anterior dueño, el señor Niemann, murió de manera inesperada. Además de la tienda, Cornelia también hereda un encargo: encontrar el tesoro perdido del capitán Kidd.

Con la ayuda de Miguel, el vecino de enfrente, Cornelia retomará la búsqueda donde el señor Niemann la dejó.

Pronto se verá envuelta en un verdadero misterio oculto en la ciudad de Nueva York.



**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1578920

ISBN 978-84-143-4311-1



9 788414 343111